

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 26 AÑO 1997

TEMA 8: OTROS COMPOSITORES – 8.2: WAGNERIANOS DEL RESTO DE EUROPA

TÍTULO: **COMPOSITORES OLVIDADOS. ERNEST REYER**

AUTOR: *Xavier Nicolás*

El compositor que nos ocupa, Ernest Reyer, es un casi absoluto desconocido en el mundo de la música, pese a que a principios de siglo, y en los años 20 y 30 era muy representado, especialmente sus dos grandes joyas operísticas, “Sigurd” y “Salammbô”. Fuera de esto, y fuera de su país, Francia, hoy en día está absolutamente ignorado como otros compositores de la órbita romántica que hemos ido tratando en estas páginas.

Su verdadero nombre era Louis Etienne Ernest Rey, hijo de Marsella, y nacido en 1823. Sus padres, cuando el joven quería decantarse por las labores musicales, lo enviaron a Argelia, con un tío suyo, para que se despistara de tamañas ocupaciones fútiles. Pero fue en vano, pues ya en la veintena, empezó a escribir rudimentarias piezas musicales, culminando con una misa que fuera cantada en la catedral de Alger en 1847.

Finalmente, y después de una agobiada existencia en Argelia, y contra la voluntad de sus padres, embarca hacia París, donde entra de lleno en el mundillo musical y artístico, apadrinado por una tía suya, célebre pianista y compositora. Estudia con ella música a marchas forzadas, componiendo varias piezas musicales. El clímax llegaría con el estreno de su oda sinfónica “Sélam”, que tuvo cierto éxito de público y crítica. Corría el año 1850, y Reyer contaba con 27 años.

Vendría seguidamente, una ópera cómica, de nombre muy sugestivo, “El Maestro Wolfram”, aunque de tema ligerito, en 1854; y luego, otra de tema oriental, como su anterior gran trabajo, “Sélam”, la obrita “Sacountalà” de tema hindú. A ella le seguiría “La Statue” también una ópera cómica que tuvo mucho éxito. Estamos en el año 1861, y Reyer empieza ya a ser conocido en los ambientes musicales franceses. El propio Berlioz tuvo palabras de elogio para

esta última obra, la que calificara de sentimiento profundo, y gran originalidad, con gran instrumentación armónica.

Con la excusa de la inauguración de un nuevo teatro de ópera en Bade, el empresario del mismo encarga dos óperas, una a Berlioz y otra a Reyer. Berlioz compuso para la ocasión "Beatrice et Benedict" y Reyer, "Erostrate". Reyer se vuelca desde este año, 1862, a este joven teatro de ópera, organizando conciertos y óperas, y dirigiendo él muchas veces. Desde Berlioz a Gounod, de Wagner a Schumann.

La guerra de 1870 trae muchas desgracias para Reyer, entre otras el cierre del teatro de Bade, y un sonoro fracaso de su ópera "Erostrato", fruto de una mala escenificación y baja calidad de cantantes, lo que hizo que los críticos destrozaran al autor, lo que le hizo sumirse en una profunda depresión. Ello le hace alejarse de París y empieza una serie de viajes por Alemania, Austria, la Lombardía, Venecia, etc... Ello fraguaría más tarde en el único libro que escribiera Reyer, y bautizado "Notas de música". Durante 20 años, Reyer se negó a escribir música, a componer nada, salvo una obrita corta en 1874. Y ello quizás hizo que el mundo musical perdiera grandes obras que el autor, sin duda, tenía en mente, y que, tan sólo al final de su vida, con sus dos grandes óperas, viera materializadas.

Gracias a Padeloup, que tanto hiciera por la música en Francia, Reyer se anima de nuevo a escribir música. Le estrena su obertura de "Sigurd", y de ahí a la gestación a la célebre ópera fue un paso corto. En 1876 es admitido en la Academia de Bellas Artes, en el sillón dejado por Berlioz. Y es el año 1884 el año de la creación definitiva y estreno de su "Sigurd" en el teatro de la Monnaie de Bruselas. Fue un éxito total y absoluto. En 1885 llegaría a París esta obra, donde tuvo una acogida similar. Se representaría durante diez años con éxito increíble, pasando a ser repertorio habitual de cantantes de la época.

Enseguida llegaría "Salammbô", en 1890, que, precedida por la exitosa "Sigurd", fue recibida sorprendentemente bien, con la diva del momento, Mme. Caron, con una crítica de público y prensa absolutamente desbordantes. Ello marcaría, a sus 67 años, el culmen creativo y el máximo nivel de aceptación de su obra; así como también el final de su obra creativa importante, aunque seguiría componiendo hasta 1896, pero ya obras menores.

Reyer se retiraría, en la cresta de la ola, a sus aposentos, su casa de la Provenza en Lavandou, para descansar y reposar de su anterior actividad, con una modestia envidiable en su posición alcanzada. 1909 sería el año de su muerte, con 86 años a cuestas, y con una obra musical de apenas 20 composiciones, pero una intensidad y calidad muy apreciables.

Sobre su obra, comentar que Reyer es un compositor eminentemente dramático; autor de algunos coros para hombres, tres cantatas, y una treintena de melodías religiosas. Pero ello no representa el Reyer auténticamente musical, el cual hay que ir a buscarlo en sus composiciones de peso como “Sigurd” y “Salammbô”. En las restantes, tanto “Sélam” como “El Maestro Wolfram”, fueron las que iniciaron su genio; “Sacountala” no se ha conservado; y “La Statue” y “Erostrato”, ya marcaron el camino de la genialidad musical.

Pero es “Sigurd” muy especialmente, la que nos interesa más, ya que es la más wagneriana, desde muchos aspectos. Primero, su gestación, en los 60, es decir, al mismo tiempo que Wagner se ocupara de la gestación del Anillo. La pregunta surge al instante, y es pensar que si el retraso en gestarla, hasta 1884 fuera debido precisamente a un respeto al gran Maestro, como han escrito algunos biógrafos de Reyer. El caso es que ambas historias corren paralelas, con personajes comunes (*Brünhilde, Hagen, Gunther*) y escenas paralelas (despertar de *Brunhilda*, por ejemplo).

Pero, así como Wagner se inspirase más en la leyenda de los Nibelungos, Reyer bebió de la fuente de los Eddas, de ahí que, pese a todo, las escenas difieran sensiblemente. En la historia de Reyer, *Gunther* se prepara para un viaje hacia el Norte, para rescatar de su sueño a la dormida walkyria *Brunhilda*, relegada de su divinidad por castigo divino y que espera a un héroe que la redima despertándola. Paralelamente, *Sigurd*, héroe legendario tiene el mismo proyecto y desafía a *Gunther*. Pero un filtro amoroso (aquí Reyer tristanea) preparado por la bruja *Uta*, hace que *Sigurd* se enamore de la hermana de *Gunther*, *Hilda*. Lo que, naturalmente, simplifica las cosas para *Gunther*. De esta manera, *Sigurd* despertará a *Brunhilda* de su sueño para entregarla a su señor *Gunther* (de nuevo paralelismo con “Tristán”), y éste, a cambio, le entrega a su hermana *Hilda*. A partir de que *Sigurd* toca la mano a *Brunhilda*, se rompe el hechizo, y se enamora locamente de ella, y ello

devendrá en una serie de concatenaciones en las que las conspiraciones de *Hilda* por una parte, y el furor de *Gunther* por otra, desembocan en la muerte de *Sigurd* por *Hagen*, y el final de la obra con la inmolación de *Brunhilda*. Todo ello mantiene presente el recuerdo del “Ocaso de los dioses” wagneriano en más de una ocasión, pero más por el lado de la leyenda original.

Pero si bien en el texto encontramos paralelismos con Wagner, no se puede decir otro tanto en la música, donde Reyer sigue un camino personal muy definido y dramático, pero sin mantener la presencia del genio de Bayreuth, lo que le da sin duda un valor notable. Reyer fue cautivado totalmente por el “Tristán” wagneriano, y fue de los acérrimos defensores de la representación del “Lohengrin” en París. “Los Maestros Cantores” le emocionaron, y el “Sigfrido” le produjo una enorme admiración, y después de escuchar “La Walkiria”, exclamó: “Después de escuchar esta música, no queda más que echar una mirada dolorosa hacia el pasado, saludar el futuro y caer con más o menos gracia”, refiriéndose a su propia composición musical con respecto a la de Wagner.

Quiero acabar este breve artículo sobre este desconocido compositor con unas palabras de él mismo, a raíz de una crítica que apareció en la prensa de la época, donde se le acusaba de influencias de éste y de aquél otro músico: “Se ha dicho que mi música tiene un aire de parentesco con la de Gluck y la de Berlioz. Lo reconozco formalmente. En el arte siempre se es hijo de alguien. No voy a despreciar nunca ni renegar de los padres que he escogido, y todo mi deseo es de no degenerar”.